

# La Cuba llena de estrellas

Umi Vaughan  
Etnógrafo y Fotógrafo

Por dos siglos al menos, Estados Unidos y Cuba han sostenido una relación íntima y compleja, marcada por la desigualdad y la explotación en muchos momentos. Sin embargo, han mantenido una innegable atracción mutua.

Por ejemplo, José Martí, el héroe nacional cubano, vivió en Estados Unidos por muchos años, madurando la idea de independizar a Cuba de España. “América” extrajo azúcar de la Isla y dejó a cambio pobreza y analfabetismo. No obstante, el béisbol ha sido un mejor regalo y es apreciado como el deporte nacional en el país caribeño. Algunos jugadores cubanos de béisbol incluso escapan para tener la oportunidad de competir y ganar más dinero jugando para las Grandes Ligas americanas. Adicionalmente, Ernest Hemingway es hijo adoptivo de Cuba.

El gobierno estadounidense se ha mantenido en perpetuo conflicto con Fidel Castro y la revolución cubana, sucediéndose las invasiones armadas, el terrorismo, la contrainteligencia, la propaganda, el embargo del comercio, las restricciones de viaje y la emigración riesgosa. Simultáneamente, los dos vecinos están atrapados en un enlace de experiencias compartidas que incluyen la música, el baile y las imágenes:



representaciones de sí mismo y del otro. Resulta irónico y sorprendente ver la bandera estadounidense en Cuba, pero tiene sentido. Nos invita a preguntarnos el por qué y a reconsiderar la conexión entre ambos países.

El historiador Louis Pérez, en su libro *On Becoming Cuban*, examina el proceso mediante el cual la cultura cubana y su identidad nacional se formaron en el contacto con Estados Unidos. Según Pérez, a finales del siglo XIX los cubanos conocían muy bien lo que empezaban a llamar el “estilo de vida americano”. Durante este período, era normal para los habitantes de la Isla haber viajado o vivido en Estados Unidos, haber usado productos y tecnología norteamericanos y visualizar su propio futuro en vínculo con el vecino del Norte, especie de hermano mayor y alternativa moderna al pasado colonial español.

En 1898 el ejército estadounidense intervino en la guerra de independencia de Cuba contra España. Justo cuando los cubanos iban a cantar victoria, Estados Unidos empezó a aumentar su control económico y político, así como su influencia cultural en la Isla. “Las costumbres norteamericanas habían penetrado el orden estructural del diario vivir [durante la época republicana de Cuba (1902 – 1958)], de tal manera que a menudo era imposible distinguir claramente entre lo que era propiamente cubano y lo que era norteamericano”, asegura Louis Pérez en el ya citado *On Becoming Cuban*. Sin embargo, mientras la cultura estadounidense demostraba que no podía cumplir con las aspiraciones cubanas, la afinidad con los americanos y su forma de vida fue coincidiendo más y más con una sensación de inquietud. Según Pérez, “el potencial y la promesa de la nacionalidad —de ser cubano— sólo estaría al alcance si el peso del control norteamericano podía ser levantado”. Una relación de amor

y odio pasional se estaba desarrollando, la cual se expresaría en toda su ironía con la revolución de 1959.

Tomando en consideración las políticas severas de Estados Unidos hacia Cuba, no sorprende que en un momento u otro la bandera estadounidense haya sido prohibida oficialmente en la Isla. Específicamente, no podía usarse en la ropa de trabajo, y los oficiales del gobierno y sus familias no podían tenerla en sus hogares. En el malecón habanero hay una valla en la que figuran soldados cubanos burlándose a través del océano de una réplica monstruosa del Tío Sam que enseña los colmillos, completada con un sombrero rojo, blanco y azul. La valla reza: “¡Señores imperialistas, no les tenemos absolutamente ningún miedo!”.

Es el tipo de representación que uno esperaría de la vieja bandera norteña, porque, desde el punto de vista cubano, la enseña norteamericana no sólo representa una conexión antigua entre los dos países, sino también el deseo estadounidense de controlar a Cuba. Deseo expresado en la Enmienda Platt, la invasión de Bahía de Cochinos, el embargo del comercio, las restricciones de viaje y la Ley Helms-Burton.

Entre los cubanos de hoy, en las calles, las barras y las estrellas de la bandera estadounidense pueden verse en sombreros, pañuelos, camisetas, ropa interior, vestidos, tatuajes, etcétera. En vez de buscar la confrontación, la gente parece identificarse con algunos aspectos de la cultura estadounidense, como el deporte o la música, y a veces hasta se advierte fascinación por el estilo de vida capitalista o por el concepto de “libertad” representado por la bandera o el dólar. Para algunos, la enseña estadounidense revela sus conexiones con norteamericanos o cubanoamericanos que han visitado la Isla y les han traído estos obsequios. Conexiones



forjadas en paz, no en agresión. En esperanza y humanidad, no en imperialismo o traición.

La acción reciente del gobierno cubano de erradicar poco a poco el dólar estadounidense de su economía —después de haber permitido su uso legal por diez años— aumenta el drama de las representaciones de la influencia estadounidense en la Isla. Mien-

tras Estados Unidos continúa ocupando Irak y, al parecer, prepara el terreno para otro “Siglo Americano”, los cubanos, creativos y ferozmente independientes, están en una posición única de comentar sobre el estilo de vida americano por medio de representaciones simbólicas como la de la bandera norteamericana.

